

Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



Capítulo II



Ciudad de Aviñón, Francia ~ 1342

Era la Europa del siglo XIV y Aviñón era el corazón mismo de la Imperio cristiano. Situada a orillas del río Ródano, Aviñón era la Babilonia de Occidente: la ciudad bullía de comerciantes y adivinos, borrachos y artesanos, soldados y embajadores, mujeres de mala reputación y ladrones. Altas murallas rodeaban la ciudad, destinadas a protegerla de invasiones externas. Con tanta gente hacinada dentro de sus muros, la eliminación adecuada de aguas residuales resultaba una tarea titánica, y un hedor nauseabundo se cernía sobre la congestión como un manto invisible pero palpable.

Emergiendo de aquel mar de hedor, el Palacio de los Papas se alzaba imponente sobre el paisaje. Construido sobre una roca desechada por el Imperio Romano, su imponente estructura servía como piedra angular y trono pontificio de la Santa Sede. El enorme castillo gótico era el más grande que existía. Era una fortaleza masiva con aspecto de dragón: muros fortificados de doce pies de espesor, con almenas, torres y aspilleras. de la formación se extendía como un palacio doble, con dos cuadriláteros gemelos. En sus alas: enormes salas, siendo las más grandes y significativas de ellas el consistorio, el cónclave,

Salón de banquetes y sala del tesoro. En sus entrañas: una gran bodega que albergaba innumerables galones de vino extraído de extensos viñedos papales y añejado en hileras de enormes barricas de madera. En su corazón: hogares infernales que hacían circular decenas de miles de panes al día, alimentando el tesoro babilónico de Aviñón. El Palacio Papal era, sin duda, un monstruo medieval de proporciones magníficas: la bestia se alzaba colosal.

Dentro del palacio bullían las entrañas de la corrupción, la riqueza, la iniquidad arraigada, el poder y la gran autoridad, que se contraían y se replegaban sin cesar. Invariablemente, los pasillos del castillo estaban repletos de cardenales y funcionarios de la Curia, guardias y escuderos papales, consejeros y agentes de la ley, concubinas de mirada sumisa, caballeros y sus señores, dignatarios visitantes y sus escoltas, incluyendo parientes distinguidos y sirvientes personales del Pontífice.

Durante el pontificado del Papa Benedicto XII, veinticuatro cardenales formaban parte del Colegio Cardenalicio. Entre ellos, el Cardenal Blasi era el más implacable, detestado por la mayoría de los miembros principales. Uno de los cardenales más jóvenes, Jean-François Blasi, gozaba de buena salud, era alto y lucía una cabellera rubia. Su rasgo más notable, y a la vez inquietante, residía en sus ojos: un ojo marrón claro y un ojo lechoso y ciego, digno de la mirada del diablo. Solo unos pocos cardenales toleraban su compañía fuera de los actos oficiales. Sin embargo, para Blasi, unos pocos eran suficientes: aquellos cardenales con la influencia necesaria en el círculo íntimo para satisfacer sus necesidades. En su mayoría, se trataba de cardenales de alto rango que también ejercían funciones de supervisión en el Palacio Papal.

En Aviñón, era práctica habitual que los cardenales de mayor rango fueran asignados a la supervisión de diversas alas, salones, capillas y terrenos del palacio. Durante años, Blasi fue el supervisor de la Gran Bodega. Esta amplia bodega era un pasillo subterráneo, excavado en 1337 y que abarcaba toda la longitud del ala que albergaba el Salón del Cónclave. Esta enorme bóveda subterránea albergaba cientos y cientos de barricas de roble curadas, donde envejecían algunos de los mejores vinos de Europa. Blasi era responsable de casi todos los aspectos de su producción, desde la uva hasta la bodega, incluyendo el almacenamiento y la custodia de los vinos. Considerado en general un cargo de gran importancia, la bodega generaba una buena parte de los ingresos anuales del Papado.

Así pues, en lo que respecta al palacio, la mayoría consideraba a Blasi como el "Cardenal de los Vinos". Además, todo conocedor sabía que hacerse amigo de Blasi era hacerse amigo de la Gran Bodega. El enjuto y corpulento Cardenal Raulin Toussain, supervisor de la Despensa del Palacio y Boteillerie (el almacén de botellas) y el muy obeso pero delicado cardenal Lilo Julin,

El maestro de las cocinas y del salón de banquetes, eran dos que se consideraban epicúreos y cada uno se había asegurado de cultivar la amistad del Cardenal de los Vinos. Blasi sabía muy bien por qué estos dos lo cortejaban, sin embargo, entre ellos había, Como mínimo, se percibe una clara muestra de camaradería.

A diferencia del mucho más grande Colegio Cardenalicio, el Consejo de los Apócrifos contenía solo tres cardenales: los cardenales Hadour Xavier, consejero principal; Avit Basilliste, el mayor y más frágil, y Edmard Lean, el más joven y el más recientemente nombrado. cuerpo. El servicio del cardenal Xavier terminó con el descubrimiento de su cadáver desnudo y decapitado . Un joven campesino descubrió sus restos en un matorral junto a un camino al oeste de Aviñón. Dispersos entre la maleza a su alrededor yacían los restos de sus guardias, sus cuerpos igualmente profanados. Su asesinato siguió siendo un enigma. Antes de que los rumores de los asesinatos se disiparan, el papa Benedicto también murió. Aunque varios cardenales insistieron en que Benedicto había sido envenenado y que la serie de asesinatos formaba parte de una conspiración política mayor, tales especulaciones nunca se corroboraron. Blasi era el más cercano a los vinos papales —y además un tirano— , muchos lo sospechaban del envenenamiento, pero nadie se atrevió a enfrentarlo por su temperamento irascible.

Menos de dos semanas después del funeral de Estado de Benedicto XVI, el Cónclave, dominado por los franceses, eligió apresuradamente a otro francés, Pierre Roger de Beaufort, quinto en la línea de sucesión al Papado de Aviñón. De Beaufort fue bautizado como Clemente VI. La mayoría de los dignatarios habituales estuvieron presentes en la elección: los cardenales del Colegio y del Consejo, el secretario general, el vicario general y el virrey, los principales funcionarios papales del Reino de Nápoles, los obispos más distinguidos y toda la multitud de alle Se requería una asamblea. Un enviado de Felipe VI de Valois, rey de Francia, estuvo notablemente ausente, ya que llegó demasiado tarde para asistir a la ceremonia.

El poder de esta elección residía abiertamente en el Colegio Cardenalicio. Sin embargo, pocos hombres vivos sabían que el verdadero poder de persuasión pontificia estaba en manos de tan solo unos pocos: el Consejo de los Apócrifos. A lo largo de los siglos, el Colegio Cardenalicio había evolucionado hasta convertirse en un órgano electivo de la Iglesia, al servicio de la Santa Sede. Véase de manera muy similar a como cualquier órgano parlamentario sirve a su organización general. En contraste, el Consejo de los Apócrifos era un pequeño, velado y deliberadamente no registrado cuerpo papal que ejercía una autoridad que rivalizaba fácilmente con la del Colegio, los Cardenales de Los libros apócrifos no estaban sujetos a ningún dominio, salvo el de Dios, y solo respondían ante su representante elegido en la tierra: el Santo Padre y Papa.

Los Apócrifos estaban compuestos por dos niveles distintos: el Consejo Superior y el Consejo Inferior.

El Consejo Superior estaba compuesto por el Papa y los Cardenales que él designaba, quienes, a su vez, supervisaban a los Abades y monjes del Consejo Inferior. Desde su creación, la composición de este Consejo había variado entre sesenta y sesenta y seis miembros, cada uno designado por el Consejo Superior. Los nombramientos para el Consejo eran vitalicios; los nuevos miembros solo asumían el cargo tras el fallecimiento de un miembro existente. Dos de los tres Cardenales originales del Consejo Superior —Basiliste y Lean— residían en una villa llamada Château Rouge. Sin embargo, los miembros del Consejo Inferior estaban divididos equitativamente entre dos monasterios remotos e iguales en el interior de Francia e Italia. Estos eran la Abbaye des Gardiens (Abadía de los Guardias), ubicada en las colinas de la provincia de Auvernia, en Francia, y el Monastero del Canello (Monasterio del Canello), situado en las remotas montañas de la provincia de Umbría, en Italia .

La abadía de Gardiens del Concilio Inferior quedó bajo la dirección de su abad residente, Vonig, mientras que el monasterio de Canello en Italia quedó bajo la dirección de su abad residente, Domingus. Ambos abades del Concilio Inferior solo rendían cuentas a los cardenales del Concilio Superior, quienes, a su vez, rendían cuentas en secreto y únicamente al Papa. Estos monasterios aislados se consideraban benedictinos, pero no se regían de acuerdo con la Regla Monástica Benedictina. Habían creado una orden propia, que no era ni benedictina, ni franciscana, ni cisterciense. Durante siglos, estos monasterios habían... Permanecieron separados de la regla monástica y quedaron bajo el control exclusivo del Concilio de los Apócrifos. El Concilio y sus dos monasterios, con su estimado círculo Lucifael, entre sus sirvientes, era en apariencia una especie de «espíritu santo» que custodiaba los secretos más espantosos del Gabinete. Sin embargo, pocos secretos escapaban a Lucifael, en particular los del Concilio.

Así, mientras Lucifael asolaba Asia con su aliento de muerte, también se ocupaba de Europa, engañando a dos de sus naciones. Mediante matrimonios, Francia e Inglaterra cruzaron sus linajes reales. En resumen, un rey murió e Inglaterra obtuvo el derecho legítimo sobre Francia; el diablo estaba en los detalles. Sin embargo, los reinos enredados se encontraron en un punto muerto y sonaron las campanas. Y así comenzó la Guerra de los Cien Años. La primera de estas batallas, la que resultaría ser la más horrible de la historia, se libró en suelo francés y sería conocida para siempre como la sangrienta Batalla de Crécy. Muchos serían testigos de los horrores que ocurrieron en aquella húmeda tarde de agosto.

Crécy-en-Ponthieu ~ Norte de Francia ~ Agosto de 1346

Solo quedaban los restos de la tormenta. Los truenos retumbaban hacia el oeste y los relámpagos.

Se adentró en las colinas distantes. Un luminoso cuervo negro se posó entre las ramas retorcidas por el viento de un roble de ramas extendidas, esparciendo algunas hojas maltrechas. Sus pupilas negras se dilataban y contraían, frías y mecánicas, como si una máquina controlara su mirada penetrante. El cuervo ladeó la cabeza y graznó dos veces, y luego otra, al cielo que se alejaba. Debajo del roble, una columna de soldados franceses avanzaba chapoteando por un camino fangoso y lleno de baches.

Los franceses —en su mayoría campesinos cuyas manos estaban más acostumbradas a blandir hachas y horcas que espadas— marchaban a la guerra a través de las empapadas colinas del norte de Francia. Su recién coronado rey, Felipe VI, le había dicho al "perro" inglés, Eduardo III, que Francia jamás compartiría el trono con Inglaterra, ni con nadie más. Francia, decretó Felipe, era soberana, y su trono le pertenecía solo a él. Respondiendo a la arrogante pretensión de Felipe con un arrebatado de furia, y decidido desde entonces a derrocarlo, Eduardo se abrió paso por Francia, incendiando pueblos enteros a su paso. Estaba decidido a infligir suficiente daño como para forzar sus propias filas. Cuando Felipe se enteró del descarado ataque de Eduardo, reunió a muchos de los señores franceses para marchar contra el invasor.

El llamamiento a las armas de Felipe fue tan contundente que Eduardo, ahora enfrentado al enorme ejército francés en las llanuras sobre Crécy-en-Ponthieu, se negó a enfrentarse a él y huyó hacia el norte, rumbo a Calais. Los franceses estaban confiados y anticipaban una victoria rápida. Las fuerzas de Felipe eran enormes, compuestas por los ejércitos de muchos señores; aunque en su mayoría eran campesinos, superaban en número a los treinta y cinco mil ingleses. Tres hombres contra uno. Sin embargo, los señores franceses y sus caballeros se distinguían fácilmente de la multitud de campesinos y comerciantes: los primeros, bien montados, portando estandartes y cubiertos con pesadas armaduras, tenían el porte orgulloso de los nobles y la férrea determinación característica de los soldados veteranos.

Espadas largas, mazas y escudos chocaban contra monturas acorazadas; filas de picas se mecían entre las ordenadas columnas de infantería; carros con ballestas avanzaban pesadamente por terrenos llenos de baches. Mil sillas de montar crujían; mil corceles resoplaban y pateaban. Las órdenes a gritos se transmitían de rango en rango mientras grupos de hombres cantaban canciones de la campos y cosechas que habían dejado atrás. En el aire húmedo de agosto, los sonidos de la guerra constituían un réquiem por los hombres que marchaban pétreamente hacia su destino. Aunque los soldados eran impetuosos —dando por sentado la perspectiva de una victoria rápida y decisiva y la captura de muchos prisioneros ingleses— dentro de ellos corría la inquietud como la de cerdos asustadizos en la víspera de la guerra. matanza. El estado mental compartido delataba un nivel de nerviosismo evidente, generaba más una premonición incorpórea que una estimación concreta: una conciencia tenue pero totalmente perturbadora, que calaba hasta los huesos, una sensación de fatalidad inminente.

Incluso los corceles de batalla discernieron la médula misma de ella; sin embargo, el mismo cuervo negro luminoso, posado muy por encima del campo de batalla en el roble nudoso, lo comprendió mejor que nadie. Todo se reducía a la presencia invisible del mismísimo Diablo y, en su compañía, otro ángel dispuesto: la Muerte.

En medio de la columna de soldados, dos caballeros fuertemente armados con corceles acorazados avanzaban hombro con hombro. Sobre sus corazas colgaban jubones sin mangas con emblemas idénticos bordados. Las mismas insignias decoraban sus mantas de silla y escudos. Los caballeros cabalgaban bajo el estandarte del Señor Amelet de Laon. Eran hermanos, separados por seis años, portando el escudo de armas y el distinguido apellido Blasi. Jean-Jacques y Jean-René eran los menores de los tres hermanos Blasi; el mayor de ellos era Jean-François.

A diferencia de Jean-Jacques, un hombre de espíritu libre, Jean-René vivía con su esposa, Alsaé Blasi, y su único hijo, Michael Blasi, en un castillo en la prestigiosa finca Blasi, ubicada en las afueras del norte de la ciudad de Reims. Además de la finca, Jean-François residía en un gran castillo propiedad de la Casa Pontificia, el Château Rouge, en Aviñón. Compartía el castillo de dos plantas con otros dignatarios papales, cuyos lujosos aposentos se unían bajo un mismo techo.

Jacques mordió el último trozo de manzana y se lo arrojó al casco de su hermano. El corazón impactó contra la visera levantada de René y la cerró de golpe. René la levantó rápidamente, mostrando un ceño fruncido, pero manteniendo la mirada fija al frente. Jacques rió y se inclinó sobre su caballo para observar mejor la expresión obstinada de su hermano .

—Vamos, René —dijo el joven con una sonrisa—. La risa levanta el ánimo antes de la batalla. ¡ No soy el rey Eduardo, Le Petit! Jacques sacó una manzana fresca de una bolsa que llevaba colgada al costado.

René respondió fríamente: “Los hombres no están preparados para la carga. Están agotados por la marcha”.

—¡Haré que los ingleses se vayan al mar! —proclamó Jacques, alzando su manzana—. Le meteré una manzana en la boca a Edward y lo lanzaré de vuelta al otro lado del mar. Y como soy tu buen hermano, René, capturaré a un escudero inglés para ti —añadió con una risita antes de darle un mordisco a la manzana.

“Deberán posicionarse a la defensiva y estar preparados para el ataque”, afirmó René .

—Estarán cansadas como niñas pequeñas —replicó su hermano—. Han visto días de batalla. Arrojarán sus armas en señal de rendición al ver nuestro número.

«No se rendirán. Tanto Eduardo como su Príncipe Negro están con ellos. Los defenderán hasta la muerte; dices tonterías.»

—Están cansados —insistió el joven—. Se rendirán. El tonto eres tú, René. Le recordaré quién es después de la batalla, si es que la hay.

“Tienes órdenes, Jacques. Debes seguirlas, como yo. El mariscal de Su Majestad ha ordenado que todos los estandartes descansen hasta que los hombres se recuperen tras un día de marcha.”

—Mira a tu alrededor, René. Mírales a los ojos, ¡a su espíritu! No descansarán. Están furiosos. Atacarán, incluso desobedeciendo órdenes —respondió Jacques.

—Muchos de estos hombres jamás han experimentado la batalla como nosotros —le recordó René—. Y estamos obligados por órdenes del señor Amelet, cuyo estandarte ondea en nombre de Su Majestad —espetó René—. Tenemos órdenes de descansar. No debemos atacar a Eduardo hasta que recibamos la orden de hacerlo.

Los dos hombres observaron al ejército que avanzaba lentamente mientras un breve silencio se instalaba entre ellos.

La columna parecía extenderse infinitamente a través del terreno irregular, delante y detrás de ellos. Jacques se volvió hacia René, con el rostro contraído por el disgusto, y le dijo a su hermano: «Si estos hombres sencillos anteponen sus vidas a las de los ingleses, la mayoría sin escudo ni armadura, entonces yo también cabalgaré para defenderlos. Fiel a Francia, así lo hará cualquier caballero. Servimos a Francia; estos hombres son Francia, ¡y yo los defenderé!».

«Permítame recordarle, querido hermano, que usted juró lealtad bajo pena de muerte si la rompía. Y podría despojar para siempre a la Casa de Blasi de todo honor. Este día afectará profundamente a todos los Blasi, para bien o para mal.»

Jacques miraba fijamente al frente como si no hubiera oído a René.

—¡Maldito seas, Jacques! —gruñó René, bajándose bruscamente la máscara protectora.

Finalmente, Jacques preguntó: "¿También tú te unirás a Francia?"

René levantó la visera y respondió: "Has perdido el equilibrio por completo, Jacques".

Jacques hizo una mueca y repitió la pregunta. "¿Quieres?"

“No eres ningún caballero, quizás un tonto con armadura.”

“¿Entonces lo harás?”

“No le confesaré a Jean-François que no estuve al lado de su insensato hermano en la batalla.”

—Sí —dijo Jacques—. Es como él decía: la cruz va con los dos, o con ninguno.

—En efecto —suspiró René. Se volvió hacia Jacques y lo reprendió—. No me dejas otra opción. ¿Te gusta eso, verdad? El ceño fruncido de René desapareció y una sonrisa irónica apareció en su lugar. —Debo ir contigo, Le Bouffon de France. Que así sea.

Jacques rió entre dientes y se inclinó hacia su hermano. “Mira a tu alrededor. Conozco los corazones de los hombres, René, igual que tú. Estos hombres no descansarán hasta que arrojen a Le Petit al mar. La victoria ya es nuestra. Muy pronto, tendremos la cabeza de Eduardo y su trono. Muéstranos nuestro

Cruz del Cardenal Hermano , para que podamos cargar hacia la victoria.”

Dejando la manzana a un lado y quitándose el casco, René sacó una fina cadena de oro de debajo de su coraza. Sostenía el considerable peso de un crucifijo engastado con gemas que había pertenecido a su hermano mayor, Jean-François Blasi, y que había sido bendecido por el mismísimo difunto Papa Benedicto XII. François había insistido en que René y Jacques lo llevaran consigo en cada batalla. Como el momento lo requería, era el turno de René de llevar la cruz de Blasi. Esto era parte de la causa por la que René se sentía obligado a unirse a su hermano. Si Jacques cargaba: No dejaría a su hermano solo ante la muerte, sin la cruz. Tampoco dejaría al ejército francés solo en la batalla, por muy insensatamente unidos que estuvieran. A sus compatriotas y a su hermano les era igualmente leal, aunque de maneras diferentes; a ambos los defendería, a ambos los honraría. René se inclinó sobre el costado de su corcel y le entregó la cruz a Jacques. Jacques besó el frío metal, inclinando ligeramente la cabeza en señal de reverencia. Un estruendo de trueno resonó en el campo. Jacques rió y lo recibió como un buen presagio. Sobre ellos, en las ramas de un roble rechoncho Un cuervo luminoso se agitó con sus plumas revoloteando. Salió disparado de su percha hacia el horizonte noroeste, en dirección a los ejércitos ingleses.

«En el nombre del Altísimo Señor y de San Dionisio», murmuró Jacques con impasible severidad. René se enderezó sobre su corcel y repitió la misma reverencia. Volvió a colocar el crucifijo sobre su pecho y se puso el casco. Soldados a caballo corrieron a lo largo de la columna de ejércitos, gritando: “¡Prepárense! ¡Preparen sus... ¡Armas! La columna se abalanzó hacia adelante.

El ejército de Felipe había alcanzado a Eduardo, quien ahora no tenía más remedio que enfrentarse a él. El rey inglés había alineado a sus caballeros montados y piqueros en una amplia colina cerca del pueblo de Crécy, con arqueros alineados delante y detrás de ellos, y yeomen esperando junto a más caballos en la retaguardia. Eduardo dirigía sus tropas desde el interior de un molino de viento ocupado en la cima de la colina.

En un breve instante, mientras volaba hacia el noreste, el agitado cuervo, en pleno vuelo, cubrió una extensión de tierra toscamente labrada y se zambulló en un matorral apartado, oculto por una escasa loma. La luminosa silueta del ave iluminó intensamente entre los cardos y tejos, y su graznido áspero sobresaltó a un joven arquero inglés que se encontraba orinando al abrigo del bosque. «Una señal inoportuna en un día inoportuno», susurró el arquero, mirando fijamente al cuervo; y pareció que el ave lo veía, lo penetraba, y su mirada antinatural le atravesó el alma. Cayó de rodillas, agarrándose la cabeza como si intentara evitar que estallara. Jadeó y gimió, desplomándose en el suelo antes de morir. El ave

Chilló y revoloteó salvajemente antes de caer también al vacío, desplomándose entre la maleza en una convulsión plumosa.

Los ojos del arquero muerto se abrieron de golpe. Se levantó del suelo y examinó el Hueco. El blanco de sus ojos estaba descolorido, brillante y negro como las plumas de un cuervo. Tomó un arco largo, que estaba apoyado contra el tronco de un árbol y, con un carcaj lleno de flechas colgado a la espalda, salió de la arboleda más lleno de lo que había entrado. Aun con la vejiga vacía, su corazón rebosaba, rebosaba del mal negro que hervía en su pecho impasible. Atravesó la espesura hasta una rígida formación de casi mil arqueros que flanqueaban a quinientos hombres de armas. La formación se encontraba en la cima de un promontorio que dominaba un valle poco profundo al este. Detrás Al oeste, miles de soldados más esperaban formando dos cuadrados perfectos. El arquero ocupó su lugar entre las filas.

Tal como Jacques Blasi había predicho, el ejército francés cargó temerariamente en la refriega antes de que sus comandantes pudieran contenerlos. En el valle, una masa desorganizada de hombres de armas, lanceros, ballesteros genoveses y caballeros franceses a caballo, gritando, se precipitaron hacia la cresta ocupada por los ingleses. No había orden en la refriega; los hombres se derribaban unos a otros en su sed de sangre y algunos incluso se empalaban ellos mismos en las espadas por sus propias manos ineptas.

En el lado inglés de la colina, el soldado con el alma vacía pasaba entre largas filas de arqueros que sostenían sus arcos largos en alto y tensados.

“¡Alto! ¡Deténganse!” , rugió una voz autoritaria.

Los arqueros vivos, al ver la negrura de sus ojos, retrocedieron en masa, sus filas se dispersaron como las aguas del Mar Rojo que se abren.

Impactados, los hombres susurraron entre sí: “¡Apártense! ¡Es el diablo!”. Nadie se movió para detenerlo mientras giraba entre las filas y marchaba cuesta abajo, dejando atrás a los ingleses y su posición.

“¡Arquero! ¡Regresa a tu puesto!” Una orden atronadora provino de detrás de las filas.

La voz era la de Lord Clifford, segura de su poder de mando, pero el arquero mantuvo su lento y seguro descenso por la colina. Detrás de la formación inglesa, cielos grises Amaneció y el sol de la tarde atravesó las nubes. Con el sol a espaldas de los ingleses, las fuerzas francesas que se aproximaban quedaron cegadas.

Desde su posición entre sus propios arqueros, el conde de Warwick y Oxford llamó:

“¡Lord Clifford, devuelva a su arquero! ¡Señores, mantengan a sus hombres en la marca!”

El Arquero Diabólico sacó una flecha de su carcaj y, sin detenerse, la tensó profundamente en su arco largo. Sus ojos negros estaban fijos en dos puntos brillantes cerca del extremo del valle.

—¡Arquero! ¡Regresa o serás derribado por la espalda! —exigió Lord Clifford. El arquero continuó descendiendo por la cresta, su oscura figura resaltando de forma inquietante contra el caos de la Los franceses avanzaban. Clifford hizo avanzar a su corcel, seguido por su portaestandarte. Se detuvo junto a uno de los arqueros, gruñendo órdenes de que soltaran al guerrero solitario en el lugar donde se encontraba.

—¿Desde atrás, mi señor? —preguntó el arquero con inquietud.

“¡Te ordeno que avances y acabes con ese hombre! ¡Hazlo ahora mismo, arquero!” , siseó Clifford, señalando furiosamente hacia la figura que se alejaba.

—En efecto, mi señor. —El arquero hizo una reverencia y se colocó en una posición despejada. Tensó una flecha, comprobó la dirección del viento y lanzó la flecha puntiaguda ladera abajo. El asta voló recta y veloz, atravesando la espalda del hombre sin alma y saliendo del centro de su pecho. El arquero empalado se detuvo un instante, luego se giró para mirar hacia la cresta. Los soldados ingleses solo vieron una mancha borrosa cuando el hombre muerto se giró para mirarlos , tal vez como si los estuviera saludando. Nadie vio la flecha volar desde su arco hacia la cresta; nadie . Vieron cómo la flecha atravesaba el ojo del joven arquero de Lord Clifford. Solo cuando el arquero se desplomó en el suelo, vieron la flecha de plumas negras saliendo de su cabeza. El Arquero Diabólico se dio la vuelta y continuó avanzando por el campo, hacia la furiosa carga francesa.

—¡Déjenlo ir! —espetó Clifford, mirando fijamente al muerto viviente—. ¡Arqueros, encuentren sus objetivos! ¡Prepárense a mi señal!

Sin embargo, todas las miradas estaban puestas en la criatura que seguía caminando impasible hacia el enemigo francés que avanzaba, ajena a la flecha clavada que le había atravesado el torso.

El estallido de un cañón inglés primitivo resonó en el campo mientras la primera lluvia de flechas Las flechas caían sobre los franceses que cargaban. Hombres y caballos caían bajo el ataque, para consternación de los franceses. Los astiles de las flechas tenían puntas de bodkin, una novedad en la batalla. Las puntas de bodkin eran largas y pesadas, de hierro, capaces de atravesar armaduras. Los arcos largos ingleses, tallados en densa madera de tejo y equipados con resistentes cuerdas de cáñamo que requerían una tensión de cien libras o más, lanzaban esta nueva y devastadora flecha con una fuerza increíble. La armadura metálica de los caballeros franceses les ofrecía poca protección.

Al ver a sus hombres desorganizados y cayendo precipitadamente, Felipe les ordenó que retrocedieran y se reagruparan. Ignoraron la orden, cargando junto a él y corriendo por el valle como locos. Los ballesteros genoveses se encontraron bajo una lluvia de flechas de arco largo.

Lejos de los ingleses, arrojaron sus arcos y huyeron. Al ver esto, el hermano de Felipe, el conde de Alençon, ordenó que los mataran. Así sucedió que, ese día, más genoveses cayeron en batalla a manos de sus camaradas franceses que a manos de los invasores ingleses. ejército.

El arquero sin alma caminaba solo por el campo de batalla agitado. Hombres y corceles obedecían al El terror instintivo que inspiraban esos ojos negros, y nadie se atrevía a acercarse al arquero que se movía con aparente indiferencia ante la flecha que lo había atravesado. Sacó otra flecha del carcaj que llevaba a la espalda, la tensó y la disparó con un movimiento certero. Casi trescientos metros más adelante, el asta se clavó en la tierra entre las patas delanteras del caballo de Jean-Jacques Blasi . Dos virotes de ballesta genovesa encontraron ahora su objetivo en las costillas del arquero muerto y un tercero le atravesó el muslo. Sin embargo, su mirada negra nunca se apartó de su objetivo, y las flechas no lo detuvieron ni siquiera ralentizaron su mano. Otra flecha salió de su arco antes de que la primera se detuviera. Esta no falló. Se clavó en el cuello de la armadura de Jacques y le atravesó el pulmón izquierdo. Mientras caía de su caballo, otro asta brilló en el cielo; a su lado, René oyó un chasquido desolador cuando su propia montura se desplomó bajo él. Una flecha con plumas negras sobresalía entre los ojos del animal. Pero el arquero muerto no era inmortal. Justo cuando disparaba otra flecha, un virote de ballesta le atravesó la garganta y finalmente cayó al suelo. René se puso de pie de un salto y corrió hacia su hermano. Los soldados pasaban a toda velocidad, con su furia incontenible.

René levantó la máscara de Jacques , alzó su cabeza del suelo y la acunó en el hueco de su brazo. Se le llenaron los ojos de lágrimas; sabía que Jacques no abandonaría ese valle. vivo.

—No, René —dijo Jacques, con el rostro dividido entre sonrisas forzadas y una angustia manifiesta—. He caído con honor. Tosió , exhalando el aliento burbujeante de sangre—. Deseo abrazar nuestra cruz una última vez.

René se arrancó el casco, levantó la barbilla y tiró de la cadena del cuello hasta que el crucifijo se desprendió de su coraza. Lo manipuló torpemente, llevando la cruz a su moribundo. los labios de su hermano . Jacques lo besó y sonrió.

«René, cuando mates a Eduardo, pídele al gran Juan Francisco de Francia que rece por mí».
—susurró—. Júralo .

“Por mi honor, Jacques. Y yo también rezaré por ti hasta que no me quede aliento.” René respondió con una risa y un torrente de lágrimas. Tal era una broma recurrente entre los hermanos: el título tonto con el que habían bromeado sobre su "demasiado serio". Hermano mayor: François de France. Mientras René volvía a colocar la cruz bajo su coraza, su hermano suspiró y murió en sus brazos.

Al otro lado del valle, el Arquero del Diablo se agitó. Su trabajo aún no había terminado. Una gruesa flecha de ballesta que yacía clavada en su muslo se rompió con un crujido áspero mientras rodaba y se ponía de rodillas. Una lluvia de flechas acribilló su ligera armadura, pero su sangre no corrió; tensó una flecha y la disparó. René alzó el rostro al cielo, gimiendo entre el dolor y el desafío, incluso mientras su propia muerte volaba hacia él en alas negras. La flecha del infierno se dirigió hacia la tierra como un alma condenada. Atravesó el paladar de René, empalándole el cerebro y partiéndole el cráneo. Ya no g... Su cuerpo cayó sobre el de su hermano muerto, con una expresión de horror en su rostro contorsionado y ensangrentado. Sus ojos desorbitados no vieron la flecha genovesa que atravesó el cráneo del maldito arquero. Este cayó y dejó de moverse.

Las fuerzas inglesas contaban con aproximadamente doce mil hombres, más de la mitad de ellos arqueros. Los hombres de armas se mantenían en el centro, formando dos flancos de arqueros que se extendían, creando una precisa V de aproximadamente mil ochocientas yardas de longitud. Las fuerzas francesas sumaban treinta y seis mil hombres. Oleada tras oleada —quince en total— de caballeros que cargaban se precipitaban contra el embudo de flechas inglés, solo para amontonarse sobre sus muertos y los que morían ante ellos. Entre los ballesteros genoveses que huían, con el sol cegándoles los ojos y los gritos desesperados de los campesinos inexpertos en el campo de batalla, las fuerzas francesas comenzaron a caer. El campo de batalla quedó sumido en el caos. Estaba plagado de flechas inglesas que destacaban entre los hombres y animales caídos como rígidas espigas de cebada. En apenas diez horas, casi medio millón de flechas inglesas habían caído desde la cima de la colina, y más de seis mil franceses y genoveses habían muerto. Sin duda, fue una danza diabólica, y un vals perverso, sin duda.

La hora de las brujas se cernía sobre él cuando el herido Felipe se retiró. No tuvo más remedio que abandonar a sus heridos donde yacían. Dos reyes, aliados de Felipe, habían caído en la horrible matanza; uno de ellos era el ciego rey Juan de Bohemia. Felipe no tenía más remedio que retirarse. Sin embargo, Eduardo no tomó prisioneros. A medianoche, su hijo, el Príncipe Negro de Gales, se movió al amparo de la oscuridad y, con largos cuchillos, sus hombres degollaron a los heridos. En total, seis mil seiscientos franceses y apenas unos cientos de ingleses murieron en la batalla. Fue una batalla en la que Lucifer estuvo demasiado involucrada desde el principio. El mérito era completamente suyo; ambos reyes, Eduardo y Felipe, no eran más que peones en su juego mucho más grandioso. Ella era la reina reinante y, sin saberlo, dos necios reyes justaban como bufones ante ella.

Tras la batalla, Felipe cedió. Con la ayuda de dos cardenales de Aviñón como conciliadores, pronto se estableció una tregua entre Francia e Inglaterra. Eduardo mantuvo la ocupación de Calais y Felipe se desesperó. Los ingleses habían eliminado la caballería de

las reglas de la batalla. Combate cuerpo a cuerpo, confrontación cara a cara: una batalla que enfrenta a uno La destreza, el poder y el coraje del hombre frente al enemigo habían sido reemplazados por lo que equivalía a ensartar al adversario por la espalda. El arco largo inglés fue una afrenta para la clase de los caballeros . Si bien los caballeros franceses lo despreciaron, calificándolo de pura cobardía, el combate a distancia demostró ser muy eficaz para ejércitos más pequeños, como el de Eduardo. Y con la intervención de Lucifael , el arte de la guerra cambió y la época dorada de la caballería llegó a su fin.

Desesperado, Felipe consideró la posibilidad de buscar la ayuda de la Santa Sede y su vasto número de sacerdotes instruidos. Sin embargo, necesitaba algo más que sus oraciones. Necesitaba financiación y una respuesta contundente a la nueva arma inglesa: el arco largo de disparo rápido y su flecha perforadora de armaduras. Necesitaba nuevas estrategias para contrarrestar las tácticas poco caballerescas empleadas por los ingleses. Buscaba esa contraarma decisiva y la contraestrategia definitiva que pudieran expulsar a Eduardo de Calais y obligarlo a regresar al otro lado del Canal. No obstante, Lucifael se movía contra todos los tronos, con una ambición desmedida, como una reina de reinas agraviada pero siempre dominante en apariencia. El trono de la Santa Sede y el Palacio Papal de Aviñón no eran inmunes. El Papa, el Colegio Cardenalicio y los Cardenales Apócrifos eran presas por igual en su juego. Y dentro de todos ellos, tejía su red.

Castillo Rojo ~ Ciudad de Aviñón ~ Abril de 1347

El Château Rouge de Aviñón servía como residencia vigilada para varios cardenales universitarios. Un guardia apostado en la entrada trasera del castillo movió los pies; el dolor punzante estaba en su talón izquierdo. Buscó en su bota, pero no encontró ninguna tachuela sobresaliente; ni astilla ni espina dentro, sin embargo, volvió a sentirlo: un pinchazo como una pequeña daga que le apuñalaba el talón. No le dejaría en paz. Observó los terrenos desiertos. Ni un alma emitía sonido alguno a esas horas de la noche. Con una mirada furtiva hacia la entrada arqueada de su puesto, el guardia se adentró sigilosamente en los arbustos que flanqueaban los gruesos muros de piedra del castillo. Palpó sus bolsillos con esperanza y sonrió al encontrar una hoja de papel doblada en el bolsillo de su chaleco. Apoyándose contra la pared, se desató la bota y deslizó el papel dentro. Estaba a punto de volver a atarse los cordones cuando la larga sombra de una figura encapuchada se proyectó sobre él. Preso del pánico, se enderezó apresuradamente y casi se cae.

—Guardia. No está en su puesto —dijo el sacerdote en voz baja—. ¿Por qué?

El guardia se dirigió hacia el arco, con expresión disgustada, mientras la figura sombría también se movía para bloquearle el paso. —Oí un ruido, fraile —balbuceó—. No eran más que gallos posándose en el arbusto.”

“Ah, gallos posados. Ya veo.” Con mejor luz, el soldado vio al sacerdote alto y bastante

corpulento, con abundante cabello negro. Parecía estar mirando las losas del pavimento, sin embargo, cuando su Los ojos oscuros del guardia brillaron como dagas. "¿Persigues gallos cacareando con una bota desatada?"

—No lo he notado, fraile.

—Ah, ya veo. No te diste cuenta de los cordones sueltos. —La voz suave era una extraña contradicción. a los ojos centelleantes, poniendo los dientes del guardia tensos. “Muéstrame tus órdenes, guardia. En este instante.”

Tomado por sorpresa —se había estado preguntando cuándo aquel inquietante sacerdote lo dejaría en paz para que cumpliera con su deber—, el soldado, a regañadientes, se agachó y se quitó la bota. Retiró el vendaje improvisado y se lo ofreció al sacerdote.

“¿En tu bota desatada? Ah.” El sacerdote desdobló el papel y se puso bajo una antorcha para leerlo. “¿Por qué tienes tus órdenes en la bota, guardia?”

El guardia lo confesó todo. El sacerdote sonrió con sorna y, devolviendo las órdenes dobladas, dijo: «Entonces...» Parece que tus órdenes funcionan mejor cuando se las pisotea. ¿Mantendremos la confesión en secreto?

—Si fuera usted, fraile. ¿Y en qué puedo ayudarle, fraile... eh...? —El guardia tuvo dificultades para pronunciar el nombre del sacerdote .

“Sevalle —el arzobispo Lou Sevalle— está aquí por cita personal para ver al cardenal Jean- François Blasi.”

—Llamaré al Maestro de Armas. Él podrá organizar una escolta. El guardia comenzó a darse la vuelta, pero el sacerdote lo agarró del hombro con fuerza, causándole dolor.

—Veo por sus órdenes que es nuevo en este puesto —susurró el sacerdote mayor—. Supongo que no desea manchar su reputación. No necesito escolta; he estado aquí muchas veces. Me las arreglaré solo.

El soldado, que era un recluta inexperto y, además, no demasiado apresurado, sintió una especie de confusión. caer sobre su mente. Era imperativo que obedeciera sus órdenes; sin embargo, permitir que un extraño... ¿Entrar al castillo sin escolta? Una negligencia impensable, sin embargo, era igualmente imperativo que obedeciera la voz suave y la orden reflejada en los ojos brillantes.

“Los visitantes son acompañados. Debo...”

—¿Es posible —interrumpió el sacerdote— que no te haya visto lejos de tu puesto? ¿Es posible también que tú no me hayas visto entrar? Escúchame, guardia; contéstame como a un gallo más que duerme plácidamente. Es tarde, estoy cansado. ¿Entiendes lo que quiero decir? Apartando la mirada, el guardia respondió: “Ya entiendo , como usted dice. No lo conozco”.

Ni te he visto.

«Una mentira hecha con buena intención no es mala acción. Bien hecho. Me aseguraré de que el favor sea recompensado con el triple », dijo el sacerdote, dándole una palmada en el hombro al guardia con una mueca de desprecio que el soldado no vio.

Desapareció bajo la entrada arqueada y se deslizó por los silenciosos pasillos de

el castillo. El sacerdote llegó a una esquina, y al doblarla sus rasgos y vestimenta fueron cambiados abruptamente, se transformó en una forma completamente diferente. En lugar de una túnica, él vestía el traje de batalla de un caballero francés. En su pecho brillaba el oro y las gemas engastadas. Cruzó Blasi. Dobló otra esquina y caminó plácidamente a través de un muro de piedra, su rostro cubierto de armadura fundiéndose con las enormes piedras sin hacer ruido.

En la habitación del cardenal Jean-François Blasi, un tapiz colgante ondeó brevemente cuando la figura del caballero atravesó las sólidas piedras de la pared. El cardenal se revolvió y gimió en su cama dorada, sus globos oculares girando bajo los párpados mientras seguían con la mirada los rasgos de un paisaje de pesadilla. Jean-François rodó por la enorme cama, atrapado en un sueño donde caía rápidamente. De repente, jadeó y se incorporó de golpe, con los ojos muy abiertos. El sudor brillaba en su frente. La pesadilla, al ser descubierta, huyó de la habitación. Los hombros del Cardenal se desplomaron aliviados y se recostó en la cama, sus ojos se cerraron lentamente, para luego abrirse de golpe de nuevo. La pesadilla no había terminado después de todo. Se sentó, con el corazón latiendo con fuerza. Extrañamente en su pecho. Allí, en la esquina de la habitación, se alzaba la oscura silueta de un caballero con armadura.

“¿Quién anda ahí?”, siseó François, con terror en la garganta. La sombra entró en la luz de la luna entrando por la ventana abierta.

—Jacques —balbuceó François—. ¿Eres tú, Jacques? —Se llevó las manos a la cara con asombro.

—Soy yo, Jean-François. ¿Te ha ido bien? —Parecía que el caballero lucía una sonrisa traviesa.

—Sí, ¡en efecto! He orado por ti. ¿Cómo estás? ¿Y René?

“René predica, como siempre lo ha hecho. Comprendió mejor que yo no te visite, comprendió mejor puede angustiarte.”

—Oh, no —mintió François—. ¡Para nada! Tienes que decirle que venga. Díselo, Jacques.

—He venido a advertirte de algo horrible, François —susurró el caballero apresuradamente.

Francia caerá en manos de Eduardo de Inglaterra en apenas veinte años.

Eduardo obtendrá el apoyo de muchos señores franceses. Vendrá del oeste y del norte y se ganará el corazón de Borgoña. Dividirá Francia.

Bastante confundido, el Cardenal respondió: «Aunque la mayoría de los señores de Francia se aliaran con Eduardo, ¿cómo podría salir victorioso? ¡No tiene un ejército capaz!».

—Lo hará —dijo el caballero con brusquedad—. Ha sellado un pacto con el Diablo. ¡Es el mismísimo Diablo quien le revela a Eduardo los secretos de la guerra! Eduardo tomará nuestra patria, Jean-François, a menos que lo detengas antes de su campaña, a menos que lo detengas ahora.

La mente de François daba vueltas. “¡Eso es una locura! No puedo detener tales cosas. Si hablo con Su

«¡Santidad de esto! ¡Me volverá loco!», dijo con razón. «¿No podéis detener estos acontecimientos, tú y René?»

“Solo tú puedes detener estos acontecimientos, François.”

—No puedo impedir la voluntad de un rey, Jacques. Ni puedo mandar al diablo. Simplemente soy un siervo de...

—Escúchame, François —dijo la figura oscura con indignación, acercándose—. El Concilio de los Apócrifos; ¿lo conoces?

El cardenal se puso ligeramente rígido. Con reticencia, confesó: « Sí, pero solo a retazos de su verdad. ¿Y qué?».

“Ocultan secretos, un arma de una especie de destrucción del rey inglés. Debes hacerte cargo de esta arma, François. Debes usarla contra él. Sin embargo, antes que nada, Debes aprender su uso adecuado. Dicho conocimiento se encuentra en los archivos de los Apócrifos, en lo que algunos llaman: las Traducciones de Naramsino. En estas páginas, aprenderás el diseño y el funcionamiento de esta arma.

—¿Y cómo voy a poner mis manos sobre estas cosas? —preguntó François, poco convencido—. El archivo está bien custodiado. Y utilizan claves de acceso. ¡No conozco esas claves, Jacques! El archivo es solo para el Consejo.

“El Diablo le susurrará este secreto al oído a Eduardo, y Eduardo buscará los Rollos de Naramsin. Con ellos, su poder será mayor que el de la Santa Sede.” Él tomará toda Francia si no haces caso a mis palabras. François, debes proceder con este acto. Si no es por Francia y la Iglesia, al menos por tus hermanos: para que hayamos caído con causa y honor. Incluso los ángeles cayeron para que se cumpliera la voluntad de Dios. Si otros deben caer para que más vivan, es su voluntad.

François recordó su pesadilla. "¿Otros? ¿Quiénes deben caer?"

“Hasta Cristo cayó para que otros pudieran vivir. Debo irme, François.” El caballero se dio la vuelta y se marchó. “¡Un momento más!”, gritó François.

El caballero se volvió y sonrió. «Eres François de France. Por Dios, salva a Francia. Sávanos a todos». Se dio la vuelta y desapareció tras la muralla.

“¡Espera! ¡No! ¡Jacques! ¡Jacques!” François saltó de su cama, persiguiendo la figura fugaz. Corrió por las habitaciones de su apartamento y abrió la puerta de golpe, tropezando al salir al pasillo. «¡Jacques!». Sin embargo, los largos pasillos estaban vacíos.

El rostro de su hermano ya había cruzado el pasillo, atravesado la pared del fondo y entrado en la sala de visitas de un sacerdote . Cayó de rodillas. «¡Jacques! ¡Vuelve!», sollozó. Las puertas se abrieron con un crujido mientras los huéspedes, con los ojos pesados, asomaban la cabeza adormilados.

Un sacerdote dormido se despertó al oír el grito fuera de sus aposentos, pero sus ojos no se abrieron.

Una lámpara de aceite junto a la cama iluminaba el libro de las escrituras que yacía boca abajo sobre su pecho, con las manos entrelazadas sobre él. El caballero permanecía al pie de la cama, mirando fijamente al hombre soñador. Lentamente, las placas de la armadura del caballero comenzaron a fundirse y transformarse, mimetizándose con la piel brillante de una mujer exuberante, de carne pálida como la muerte. Sus ojos, uñas y su salvaje cabellera hasta la cintura eran completamente negros como el ébano. Era la encarnación de la Eva pura y desvergonzada; era la fuente de la que todas las mujeres cayeron, y de la que todos los hombres también fracasaron. Era Lucifael. Se detuvo sobre el sacerdote, sonriendo. Las voces de muchas mujeres brotaron de su pálida boca. «Es un desperdicio de hombre estar solo, especialmente, no por debajo de mí. Sin embargo, pronto lo estaré». El sacerdote hizo una mueca, gimiendo en sueños, y se giró de lado. Las escrituras abiertas cayeron al suelo y su talón descalzo las pisoteó al atravesar el muro exterior del castillo, dejando solo un eco de risa profana para perturbar al santo en su sueño.

Y bien merecida era la risa de Lucifael : transcurrió menos de un mes antes de que la malvada semilla echara raíces.

Castillo de Mallow ~ Ciudad de Aviñón ~ Mayo de 1347

A diferencia del Château Rouge, que pertenecía al Colegio Cardenalicio, el Château Mallow de Aviñón pertenecía al Consejo de los Apócrifos y era la residencia de los cardenales Basiliste y Lean. Como Lean se encontraba en Inglaterra en una misión papal, el cardenal mayor estaba solo en el Château Mallow. En su habitación, Basiliste dormía profundamente. Sobre su escritorio, Una lámpara de aceite casi apagada luchaba por producir una llama, proyectando sombras parpadeantes sobre una pluma y un tintero cercanos y una carta escrita, que llevaba las siguientes palabras:

Mi queridísimo Cardenal Lean ~

Perdonad mi falta de fortaleza, pero el temor más grave se ha apoderado de mí.

Mi alma. Ahora estoy convencido de que la muerte del Cardenal Xavier no fue casual y que fuerzas oscuras se mueven contra nosotros. Buscan acceder a lo que custodiamos. Te imploro, regresa a Aviñón de inmediato.

Y juntos, insistiremos en una audiencia con Su Santidad, el Papa Clemente. Hay que advertirle de los peligros. Date prisa, amigo mío. Empiezo a temer por mi propia seguridad.

Suyo, al servicio de Su Santidad ~ Cardenal Basiliste

Una brisa fresca apagó la llama mientras la ventana trasera se abría lentamente, dejando ver una silueta cambiante. Un guardia renegado se coló en la habitación de Basiliste y se sentó a horcajadas sobre su pecho, tapándole la boca con una mano fuerte. Luego sacó una daga y susurró las preguntas que le habían ordenado hacer. Basiliste forcejeó, pero era demasiado débil para el fuerte soldado. En un susurro ominoso, el intruso le advirtió que no gritara; el frío acero en su cuello dejaba clara la amenaza. El soldado retiró la mano y esperó una respuesta.

En un gesto desafiante, Basiliste miró fijamente el rostro recortado contra la silueta, sin decir palabra. El cuchillo se movió lentamente hacia el ojo izquierdo del Cardenal, dejando un pequeño surco de sangre. Basiliste apretó los dientes, sus dientes y no emitió ningún sonido. La mano volvió a cerrarse sobre su boca, presionando su cabeza contra la almohada. Con su peso asegurando el pecho de Basiliste, el guardia hundió la daga en la tierna carne bajo el ojo. Basiliste gritó por la nariz cuando el cuchillo raspó las paredes de la cuenca de su ojo. El guardia arrojó el ojo al suelo. Cuando el anciano ya no luchaba tanto, y el soldado le informó que aún le quedaba un ojo con el que negociar.

El basiliste comenzó a hablar de inmediato, contando todo lo que sabía. Cuando terminó, el guardia le exigió que repitiera las palabras clave del pasaje para asegurarse de que fueran correctas. Sollozando, juró que había dicho la verdad; aun así, el cuchillo se deslizó en el ojo derecho del Cardenal. De nuevo, el Basiliste gritó contra la mano fría. De nuevo, le pidieron que repitiera las palabras. Jadeó y tartamudeó; las palabras eran las mismas. Convencido de haber obtenido la información que le habían encargado, el guardia se inclinó sobre el pecho del Basiliste, obligándolo a dejar escapar el aire de sus pulmones. Y después de que el Cardenal guardara silencio, el asesino se deslizó por el alféizar de la ventana y desapareció en la quietud del atardecer.

Tiempo después, se reunió con su protector en el lugar secreto acordado tras el macabro suceso. Intercambiaron una bolsa de cuero, y el sicario salió a caballo por la puerta oeste de Aviñón y cruzó el puente sobre el Ródano. Sin embargo, antes de haber recorrido siquiera un kilómetro, un ladrón previsor, armado con una espada ancha, le cortó la cabeza y le robó la bolsa. La evidencia de un asesinato vil desapareció en la campiña francesa. Y su autor, el cardenal Jean-François Blasi, ahora tenía en sus manos la llave de los secretos del Concilio de los Apócrifos y, por consiguiente, de los dos monasterios celosamente custodiados: Gardiens y Canello.

[Fin del capítulo 2]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~